

A su buen amigo Manuel Juan

Sinero

Sinero Dalgado

¡PLUS ULTRA!

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hécho el depósito que marca la ley.

¡Plus ultra!

SEGUNDA PARTE

DE LA ZARZUELA DE MAGIA DISPARATADA ¿QUO VADIS?

EN UN ACTO, DIVIDIDA EN SEIS CUADROS, EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

RUPERTO CHAPÍ

Representada por primera vez en el TEATRO DE APOLO el día 10 de Mayo de 1902.

COMISIÓN DELEGADA
DEL
CONSEJO ARTÍSTICO

Depositos en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

BORRÁS

N.º de la procedencia

4899.



MADRID

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1902

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
La Princesa	D. ^a Pilar Vidal.
Tiam	» Amparo Taberner.
Targalia	» Felisa Torres.
Sirta	» Elisa Moreu.
Un Ángel	» Carmen Fernández.
Aniceto Monsalve	D. Emilio Carreras.
Psammético	» Anselmo Fernández.
Amalfi	» Ernesto R. de Arana.
Capitán egipcio	» Vicente Carrión.
Nachor	» Andrés Ruesga.
Abimael	» Antonio P. Soriano.
Harán	» Manuel Sánchez.
Merlín	» Melchor Ramiro.
El Emperador de China	» Anselmo Fernández.
Tuang-Tsen-Fú, mandarín	» Ricardo Simó Raso.
Lao-Ting	» Ernesto R. de Arana.

Sacerdotes de Osiris.—Sacerdotisas de Isis.—Tocadores de arpa y de lira.—Trompeteros.—Cantores.—Soldados egipcios.—Dignatarios de la corte de Faraón.—Doncellas.—Esclavos.—Soldados chinos.—Dignatarios de la corte de Pekín.—Brujas.—Hadas.—Familiares del Santo Oficio.—Damas y caballeros de la corte de Felipe IV.—Guerreros del Cid.—Soldados árabes.—Gladiadores.—Matronas romanas.—Damas de la Princesa.



ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Antecámara del aposento nupcial de la Princesa. Arquitectura india.
Puerta grande al foro, cubierta por un tapiz magnífico.

ESCENA I

Coro de DONCELLAS (dentro).—Luego la PRINCESA.—Después
SIRTA.

Música.

CORO. (Dentro) ¡Gloria, gloria al valiente
que ha sido vencedor!
¡Feliz mil años viva
gozando de su amor!
¡Gloria, gloria!
¡Gloria, gloria!

(Al terminar la música se levanta el tapiz del foro y sale la Princesa muy agitada y como si quisiera contener á uno que pretende salir tras ella.)

Hablado.

PRINC. ¡No, espera! Calma tus impetus, afortunado y valeroso defensor de la virtud atropellada...
(Deja caer el tapiz y avanza al proscenio.) ¡Qué her-

moso es y cuánto me adora! ¡Sirta! (Llamando después de alzar de nuevo el tapiz.) Haz que cesen las canciones y que se retiren á descansar todos mis esclavos y doncellas. Entra tú sola á desnudarme. (Retirándose de la puerta.) ¡Ah! ¡Qué momento éste!

SIRTA. (Saliendo.) Estoy á tus órdenes, señora.

PRINC. Bien; quítame todo esto.

SIRTA. ¿Todo?

PRINC. El manto, la túnica, los adornos de flores y la diadema. Quiero presentarme al elegido de mi corazón con una sencillez elegante. (Sirta va poco á poco despojándola de las ropas y adornos exteriores durante el diálogo siguiente. Al terminar la operación, la Princesa debe quedar cubierta de arriba á abajo por una especie de túnica con mangas, basta y fea, que forme contraste con las galas que se ha quitado y dejándola en una facha antipática y ridícula.) ¿Verdad que es gallardo y gentil ese mancebo?

SIRTA. ¿Cual?

PRINC. Mi salvador.

SIRTA. Según se le mire.

PRINC. Es que yo le miro después de mil trescientos sesenta y cuatro años de soltería y encantamiento.

SIRTA. ¡Ah! Entonces... tiene que parecerte precioso.

PRINC. ¡Bendita sea mil veces la maga protectora que puso en un panecillo la virtud de combatir al hechicero que me robó mis estados!

SIRTA. Y que reventó en el circo romano disfrazado de tigre.

PRINC. Justamente. De su cuerpo supo el genio que me ampara sacar el talismán incólume y con toda su virtud maravillosa. ¡Allí está! Junto á mi lecho nupcial, encerrado en una urna de oro... ¿Tú sabes lo que es tener á mano un panecillo y un hombre?

SIRTA. Me lo figuro. ¿Quito los cabellos también?

PRINC. También. (Sirta le despoja de la peluca rubia rizada y quedan al descubierto los cabellos ralos y blancos como la nieve.) Quiero que me vea tal como soy para que la pasión le abraza.

SIRTA. Le abrasará. Puedes estar segura.



PRINC. Dile que puede entrar, que el amor le espera.
¡Qué dichosa soy! ¡Ah! ¡Qué dichosa! (Vase por la izquierda.)

ESCENA II

SIRTA.—ANICETO.

SIRTA. (Dirigiéndose al foro y alzando el tapiz.) Pasa, príncipe.

ANIC. (Asomando la cabeza.) Ya sé quién dices. (Deja caer el tapiz y vuelve á levantarlo en seguida.) Pero no me da la gana.

SIRTA. Entra sin replicar. Te aguarda tu esposa.

ANIC. Pues porque me aguarda es por lo que me da mucha vergüenza pasar adelante.

SIRTA. El rubor sienta bien en las doncellas y mal en los varones.

ANIC. (Entrando en escena.) ¿Sí, eh? ¿Quién te lo ha dicho?

SIRTA. Brahma.

ANIC. ¡Hola! ¿Brahma es tu novio?

SIRTA. Brahma es el dios creador, el de las cuatro cabezas, el que se meció en la perfumada flor de loto.

ANIC. ¡Ay qué dios! ¡En buena me he metido!

SIRTA. Y al cual adoras desde hoy.

ANIC. ¡Ah! ¿De modo que no sólo tengo que adorar á mi mujer, sino al dios ese de las cuatro cabezas? ¡Ahuequen! (Medio mutis.)

SIRTA. ¿Dónde vas?

ANIC. A pegarle un puñetazo en cada cabeza y á ponerme á las órdenes de Romero Robledo.

SIRTA. ¡No hagas tal! Cuando los sacerdotes se enteraran del desaire, te harían descuartizar inmediatamente.

ANIC. ¡Hombre! ¿Sí? ¡Qué cariñosos y qué finos son los sacerdotes!

ESCENA III

DICHOS.—LA PRINCESA.

- PRINC. ¡Esposo mío!
- ANIC. (Contemplándola con la estupefacción consiguiente.) ¡Cielos! ¡Cómo ha quedado esta pobre señora!
- PRINC. (Con zalamería ridícula.) ¿Por qué te retardas?
- ANIC. Porque... (Perplejo.) ¡Pues ahí verás tú! (Prefero que me descuarticen!)
- PRINC. ¿Te detiene el pudor, alma mía?
- ANIC. Justamente. ¡Como es la primera vez que me caso con una princesa!
- PRINC. Ven; la lámpara de oro arde ya para alumbrar nuestra dicha, y el cedro y el ámbar embalsaman el aposento.
- ANIC. ¿Ambar? ¿Has dicho ámbar? ¡Pues no puedo entrar entonces!
- PRINC. ¿Por qué?
- ANIC. Porque si me duermo oliendo á ámbar sueño con lagartos.
- PRINC. Tranquilízate. El panecillo que te ha hecho triunfar nos protege desde ahora y nada tenemos que temer.
- ANIC. ¡Ah! pero ¿tienes ahí el panecillo?
- PRINC. Cerca del lecho.
- ANIC. ¡Ahora caigo! Por eso una voz interior me decía: ¡Aniceto, no entres!
- PRINC. ¿Una voz interior?
- ANIC. Sí; la voz del dios de las cuatro cabezas.
- PRINC. ¡Brahma!
- ANIC. El mismo. Con una cabeza me ha dicho que si en la noche de bodas tenemos el panecillo en nuestro cuarto, nuestro reino corre peligro, y con las otras tres cabezas me hacía así, como diciendo: Tiene razón ésta.
- PRINC. Pues eso tiene fácil remedio. ¡Sirta!
- SIRTA. Señora.
- PRINC. Trae la cajita de oro (Vase Sirta por la izquierda.)

La colocaremos en esa otra estancia (por la derecha) con una fuerte guardia de soldados



CUADRO I.—ANICETO MONSALVE.

escogidos. ¿No te parece, pichón de mi vida?

- ANIC. Lo que tú digas, palomita de mi alma. (¡En seguida me va á pescar á mí este esperpento!)
- SIRTA. (Volviendo á salir con una cajita en que está encerrado un panecillo francés.) Aquí está el talismán.
- PRINC. Llama á los soldados. (Sirta se dirige á la puerta del foro.)
- ANIC. (Deteniéndola.) Espera. (A la Princesa.) ¿Me permites que le vea antes de unirme á ti para siempre?
- PRINC. Alza la tapa.
- ANIC. (Abriendo con emoción la cajita.) (¡Ay! Tengo el corazón en un puño). Y... ¿conserva todo su poder?
- PRINC. Todo.
- ANIC. (Sacando rápidamente el panecillo.) Vamos á verlo. ¡Panecillo mágico!
- PRINC. (Asustada.) ¿Qué piensas?
- ANIC. Escaparme de aquí, vieja de los demonios. (Al panecillo.) Obedece y llévame donde te diga.
- PRINC. (Furiosa y tratando de quitarle el panecillo, que el otro defiende con todas sus fuerzas.) ¡Traidor! ¡Infame!
- ANIC. (Rechazándola violentamente con la izquierda y alzando en triunfo el panecillo con la derecha.) ¡Arganzuela, veintisiete, tercero!
- (Las mujeres dan cada una un grito estridente. Se hace en el escenario oscuridad profunda y desaparecen los personajes. Empieza la música con un fuerte en la orquesta y al volver la luz aparece la decoración siguiente.)

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Exterior del templo del dios Anubis en las cercanías de Memfis. A la izquierda la fachada del templo, magnífica y recargada de adornos é inscripciones al estilo egipcio. A cada lado de la fachada una esfinge monumental. A la izquierda espesa arboleda y junto á ella, dando frente á la puerta de entrada del templo, una estatua colosal del dios Anubis representado por un hombre con traje talar y cabeza de perro de hocico largo. Al fondo paisaje espléndido de vegetación y de luz; el Nilo serpentea por la llanura, en que abundan los palacios y las estatuas de dioses, de esfinges y de toros y leones alados.

Allá, á lo lejos, se divisan las enormes moles de las pirámides.

ESCENA IV

ANICETO, que al hacerse la mutación aparece en escena mirando lo que le rodea con asombro.—Después el GRAN SACERDOTE, ALTOS DIGNATARIOS, GUERREROS, SACERDOTES, CANTORES, MÚSICOS, SACERDOTISAS y DONCELLAS.—Al final PSAMMETICO.

Música.

ANIC. (Hablando, con música en la orquesta.) Pero ¿ésta es la calle de la Arganzuela? ¡Pues no ha mejorado poco Madrid desde que yo faltó! (Mirando hacia el foro derecha.) ¿Eh? ¿qué gente es ésa? ¡Habrà que esconderse, por si acaso! (Se oculta detrás de la primera esfinge y á poco aparecen por el foro derecha el Gran Sacerdote y su comitiva. Abren la marcha cuatro trompeteros, síguenlos distribuidos convenientemente tocadores de arpas y liras, cantores, guerreros, altos dignatarios de la corte, sacerdotisas y doncellas, y cierran la marcha una sección de soldados armados de arco y otra sección con lanzas y escudos. Del número de comparsas y de la riqueza y propiedad de los

trajes, las armas y los instrumentos depende, como es natural, el buen efecto de la presentación. Todos avanzan lentamente al son de la música y se detienen frente al templo de Anubis.)



CUADRO II.—TROMPETEROS.

Todos.

¡Oh, divino Osiris!
Templa tus rigores,
danos tu clemencia,
muestra tu piedad.
Ve que el pueblo sufre

penas y dolores
porque le abandona
la divinidad.

MUJERES. De las aguas del río sagrado
tristemente se escucha el rumor,
y han cesado el piar de las aves,



CUADRO II.—TOCADORA DE ARPA.

las músicas suaves,
los cantos de amor.
HOMBRES. Envenena y marchita las flores
el aliento del genio del mal.
y se extienden por toda la tierra
rumores de guerra
terrible y fatal.

Todos.

¡Oh, divino Osiris!
Templa tus rigores, etc.

(Sale Psammético por la primera izquierda.)

PSAM.

En vano á los dioses
pedimos clemencia,



CUADRO II.—SACERDOTE.

si en todo el Egipto
se olvida la ley.
Oid mis palabras
con calma y prudencia.
Callemos y oigamos
al hijo del rey!

Todos.

PSAM.

Al Faraón, mi padre,
traidores consejeros
hacia el profundo abismo

precipitando van,
y para los artistas
y sabios extranjeros
las puertas del palacio
abiertas siempre están.

Músicos de Frigia,
cantores de Atenas,
guerreros de Esparta
los árbitros son,
y hermosas tebanas
y libres helenas
nos dan el ejemplo
de su corrupción.

MUJERES.

Tiene razón.

HOMBRES.

Tiene razón.

TODOS. Por eso los dioses preparan castigos
al gran Faraón.

Músicos de Frigia,
cantores de Atenas
guerreros de Esparta,
los árbitros son,
y hermosas tebanas
y libres helenas
nos dan el ejemplo
de su corrupción.

PSAM.

Sobre la tumba
del gran Sesostris
todos conmigo
debéis jurar
que la llanura
fértil del Nilo
plantas extrañas
no han de pisar.

Y la sagrada cólera de la divina Isis
la sangre de las víctimas aplacará por fin,
y de los pueblos bárbaros se librará el Egipto,
que gozará un espléndido magnífico botín.

Id, sacerdotes,
corred, guerreros,
de nuestros dioses
cumplid la ley,
y el exterminio
del extranjero

con fuertes voces
pedid al rey.

(Hace á todos señas de que se retiren. Empieza de nuevo la trompetería y la comitiva rompe la marcha desfilando por la primera izquierda.)



CUADRO II.—EL GRAN SACERDOTE.

MUJERES. De las aguas del río sagrado (Yéndose.)
tristemente se escucha el rumor,
y han cesado el píar de las aves,

las músicas suaves,
los cantos de amor.
HOMBRES. Envenena y marchita las flores (etc.)

ESCENA V

PSAMMETICO.—ANICETO.

Hablado.

- PSAM. Id, instrumentos dóciles de mi rabia. ¡Instigad á Amasis al degüello de esa raza maldita! ¡Despreciarme una griega á mí! ¡Al heredero del trono de los Faraones! Rios de sangre no bastarán á saciar mi sed de venganza. ¡Ha de morir! ¡Por la divina Neith lo juro! (Intenta salir por la primera de la izquierda, cuando por su espalda sale Aniceto de detrás de la esfinge y le da un tirón de la ropa.)
- ANIC. No te tires, Reverte.
- PSAM. ¡Eh! ¿Quién me sujeta? ¿Quién eres?
- ANIC. Calma, joven; no hay que asustarse.
- PSAM. Psammético no se asusta de nada. Habla; ¿qué quieres, inmundo?
- ANIC. Poca cosa, asqueroso. Que me digas qué ciudad es ésta.
- PSAM. Memfis.
- ANIC. ¡El *menflis* lo serás tú! ¡Pues me gusta la confianza, hombre!
- PSAM. Memfis; la rica y floreciente capital del poderoso Egipto, que no mancharias con tu presencia sin la complaciente debilidad del rey mi padre.
- ANIC. ¡Ah! ¿tu papá es complaciente conmigo? Pues mira, cuando vayas á comer á casa dale las gracias de mi parte. Y dispénsame otra pregunta. ¿Qué procesión es ésa?
- PSAM. Sacerdotes, guerreros y doncellas que van entonando cánticos en desagravio de los dioses y visitando los templos.
- ANIC. Vamos, sí; recorriendo las estaciones.

PSAM. Aquí están cuatro casi juntos: el de Osiris, el de Neith, el de Isis y el de Anubis.
ANIC. Ora pro nobis. No entiendo una palabra. ¿Y cómo habéis sabido que los dioses están resentidos con vosotros?



CUADRO II.—ESCLAVO

PSAM. Porque ha muerto el buey Apis.
ANIC. ¿De la glosopeda? ¡Qué lástima! ¡No habréis podido aprovechar la carne!
PSAM. ¡No te burles del animal sagrado! El buey Apis es la encarnación del espíritu del bien que protege á nuestro pueblo. Habita en un templo, le sirven esclavos y sacerdotisas y es dueño de extensas praderas con pastos abundantes.

- ANIC. Vamos, que aquí puede uno hacer el buey sin que le dé vergüenza.
- PSAM. Su muerte indica que la divinidad está ofendida. ¿Y sabes tú por qué está ofendida?
- ANIC. Por alguna pequeñez, de seguro.
- PSAM. Porque el país está dominado por vosotros.
- ANIC. ¿Por nosotros? (¿Quiénes seremos nosotros?)
- PSAM. Tanto, que una vil cortesana griega se ha atrevido á rechazarme, prefiriendo al hijo del gran sacerdote.
- ANIC. (Ahí le duele á éste.)
- PSAM. Pero me vengaré. Irritaré contra ellos al pueblo y al rey y os pasarán á cuchillo. ¡Psamético es terrible!
- ANIC. ¿Y quién es Psamético?
- PSAM. Yo.
- ANIC. Pues á mí, ¡plín! (Acercándose á él con misterio.)
- PSAM. ¿Cómo?
- ANIC. Nada.
- PSAM. Si quieres salvarte, huye pronto á las montañas líbicas.
- ANIC. (Con otro poco de misterio.) Gracias. Si quieres salvarte tú, ya te las estás pirando.
- PSAM. ¿Qué dices?
- ANIC. Que salgas de naja ó te caso con la Princesa. (Echando mano al panecillo.)
- PSAM. (Airado.) ¡Cómo, miserable reptil! ¿Te atreves á amenazarme?
- ANIC. (Con superioridad.) ¡Alto!
- PSAM. Yo castigaré tu atrevimiento... (Va á arrojarse impetuosamente sobre Aniceto cuando se queda extático mirando hacia la salida del templo. Aniceto se ríe socarronamente, seguro del poder de su talismán.) ¡Ellos! ¡Salen del templo juntos! ¡Por Tifón maldito! ¡Todos moriréis! (Hace un ademán de amenaza y vase precipitadamente por la izquierda.)
- ANIC. Anda con Dios, animal. ¡Pues no es poco suave el cosmético éste! (Mirando á la puerta del templo.) ¡Y qué mona es la vil cortesana griega! Vamos á ver en qué para todo esto. (Vuelve á su escondite.)



ESCENA VI

TARGALIA.—AMALFI.—ANICETO (oculto).

- AMAL. (Saliendo del templo y escudriñando con la mirada los contornos.) Nadie; puedes salir sin miedo. (Sale cautelosamente Targalia.)
- TARG. Tiemblo por ti, amor mío. Lo que acabas de hacer puede costarte la vida.
- AMAL. Y si cien tuviera, cien daría por mi hermosísima Targalia. Una mirada de tus ojos me haría destruir las pirámides; ¡figúrate lo que soy capaz de hacer por tu alma entera!
- TARG. El hijo del rey es colérico y vengativo.
- AMAL. ¿Qué importa? No me detendrían en mi empeño las momias de todos los Faraones si salieran de sus sepuleros
- TARG. Por suerte, huiremos pronto de esta tierra maldita, ¿verdad?
- AMAL. Sí, pronto. Todo está dispuesto. Nos faltaban las riquezas y las tenemos en abundancia. Robé la estatua de oro macizo del dios Anubis y acabamos de dejar en su puesto otra igual, hueca, de finísima hoja del mismo metal... ¡Nadie notará el cambio!
- TARG. Y el artífice que fundió la verdadera y construyó la falsa, ¿guardará silencio?
- AMAL. Callará, porque al acabar su trabajo le atravesé el pecho con mi lanza y arrojé su cadáver al Nilo.
- ANIC. (Detrás de la esfinge.) ¡Qué bestia!
- AMAL. (Asustado.) ¡Eh! ¿No has oído?
- TARG. No; nada. Es la voz de tu conciencia.
- AMAL. (Tranquilizándose.) Sin duda. (Acercándose á ella.) Acállala tú con tus caricias.
- TARG. (Deteniéndole con mimo.) No, no; más tarde. Cuando allá lejos, en mi país, nos burlemos de la ira de tus dioses. ¡Ah! ¡Cómo lo deseo! ¡Tengo las venas abrasadas!
- AMAL. (Abrazándola con pasión.) Por las mías corre fuego derretido.

ANIC. (Sacando la cabeza y ocultándola en seguida.) ¡Eh! ¡eh!
¡Que hay ropa tendida!

AMAL. (Más asustado que antes.) ¡Cómo! ¿No has oído
otra vez? ¡Juraría que habla la esfinge!



CUADRO II.—DONCELLA EGIPCIA.

TARG. (Temblando de miedo.) ¡Sí, ahora sí! El dios á
quien hemos ofendido nos amenaza.

AMAL. No tiembles. (Abrazándola.) Desafiaremos su
cólera. Ven, amor mío, busca el apoyo de mis
brazos. ¿Me amas?

ANIC.

(Volviendo á asomarse.) Pues señor, bueno. ¿Qué les diré yo para que se asusten? ¡Ah, sí! (Ahuecando la voz.) ¡Capdepon!



CUADRO II.—DONCELLA EGIPCIA.

TARG.

(Horrorizada.) ¡Ay!

AMAL.

(Idem.) Huyamos. ¡Corre, sigueme! (Vanse asustadísimos por el foro izquierda.)

ANIC.

(Saliendo de detrás de la esfinge y adelantándose al proscenio.) No hay caso. Los hombres de todos

los tiempos y de todas las naciones somos unos granujas. Sólo que los dioses nos castigan de distinta manera. A ese hijo del Gran Sacer-



CUADRO II.—AMALFI.

dote le sueltan una griega que, entre paréntesis, me parece de caballería, y á mí me amarran á una princesa con más años que un

palmar. Hombre, ¡qué idea! ¿Para qué demonios quiero yo el panecillo? Si me diera la gana haríamos un cambio. ¿Y por qué no? ¡Pecho al agua! (Solemnemente). ¡Cúmplase mi pensamiento!

ESCENA VII

ANICETO.—LA PRINCESA.—UN CAPITÁN.—SOLDADOS.

PRINC. (Dentro.) ¡Allí está! ¡Aquél es! ¡No se escapará de mis garras!

ANIC. (Con terror.) ¡Rediez con el cambio! (Al panecillo.) ¡Maldita sea tu estampa, ladrón! A ver si me salva el dios Alubias éste. (Entra corriendo en el templo de Anubis. En seguida se adelantan la Princesa, el Capitán y los soldados.)

CAPIT. ¿Qué quieres? ¿Para qué nos llamas?

PRINC. (Entregándole un pergamino.) Orden de Faraón. Prended á ese hombre que se ha metido en el templo y entregádmelo atado de pies y manos.

CAPIT. Pero ahí no podemos entrar con armas sin permiso del Gran Sacerdote.

PRINC. ¿Cómo que no? ¡El rey os dice que me obedezcáis! ¡Seguidme todos! (Entrando furiosa en el templo.) ¡Espérate, espérate, cónyuge sin entrañas!

Música.

CAPIT. El rey manda que entremos,
pues vámonos allá.
Si el dios se ofende mucho,
el rey le aplacará.

CORO. Un hombre raro de tierra extraña
en el recinto sagrado entró.
Si nos sorprende, si nos engaña,
tendrá la culpa quien nos mandó.
El rey dice que entremos,



pues vámonos allá.
Si el dios se ofende mucho,
el rey le aplacará.

(Entran en el templo pausadamente y con todo género de precauciones.)

Mutación.

CUADRO TERCERO

Interior del templo del dios Anubis. No hay en él más que altísimas columnas cuajadas de jeroglíficos. Los bajos relieves de cada una representan dioses estrambóticos con cabezas de animales, figuras de reyes y escenas de guerra. En el fondo, entre dos columnas, una gran cortina cubre por completo la estatua del dios, que aparecerá á su debido tiempo.

ESCENA VIII

ANICETO.—LA PRINCESA.—EL CAPITÁN.—SOLDADOS.

(Continúa la música con que se ha hecho la mutación. A poco sale corriendo por la derecha Aniceto, que da unas cuantas vueltas por la escena buscando dónde ocultarse, y por fin alza la cortina del fondo y desaparece tras ella. En este momento llegan, también por la derecha, el Capitán y los soldados con la Princesa al frente.)

CAPITÁN Y CORO.

Un hombre raro, de tierra extraña,
en el recinto sagrado entró.
Si nos sorprende, si nos engaña,
tendrá la culpa quien nos mandó.

PRINC. Id muy prevenidos.

CAPIT. Prevenidos van.

PRINC. Es que el fugitivo
tiene un talismán.

CAPIT. ¡Tiene un talismán!

CORO. ¡Tiene un talismán!

CAPITÁN Y CORO.

Pues si es un ser maléfico
vayamos al oráculo,
y ayúdenos, diciéndonos

lo que ha de suceder;
porque si somos víctimas



CUADROS II Y III.—CAPITÁN EGIPCIO.

de la divina cólera,
tal vez el mal espíritu

nos haga perecer.

PRINC.

No puede ser,
no hay que temer,
porque al infame cónyuge pérfido
voy á coger.

CAPIT.

Pero ¿es tu esposo?

PRINC.

Mi esposo, sí.

CAPIT.

¡Por eso trémulo corre ocultándose
lejos de ti!

CAPITÁN Y CORO.

Sin atender las lágrimas,
los ruegos ni las súplicas,
por no llegar al tálamo,
escápase el varón.
Consuélate y olvídate
de la terrible pérdida,
que ya hallarás un bálsamo
que calme tu aflicción.

PRINC.

Seguid buscándole
por compasión,
cumplid las órdenes
de Faraón.

CAPITÁN Y CORO.

Por si es un ser maléfico,
vayamos al oráculo... (etc.).

Hablado.

PRINC.

¿De modo que os negáis á seguir ayudán-
dome?

CAPIT.

Ya ves que es inútil. Tu esposo no está en el
templo.

PRINC.

¿Y si se ha ocultado tras esa cortina?

CAPIT.

No puede ser. Ahí está el trono del dios Anu-
bis, que hubiera castigado su atrevimiento.

PRINC.

Pues es necesario que yo le encuentre.

CAPIT.

¡Imposible! ¿No dices que tiene un talismán?

PRINC.

¡Es verdad! Acaso á estas horas haya retro-
cedido unos cuantos siglos. ¡Y cualquiera
sabe en qué siglo habrá ido á pararse!

CAPIT.

¿Tú eres simpática á los dioses?

PRINC.

Yo soy simpática á todo el mundo.

CAPIT.

Pues consulta á Anubis, á quien se llama el

Gran Perro porque su olfato prodigioso le permite averiguar el paradero de las cosas perdidas.



CUADROS II Y III.—SOLDADOS EGIPCIOS.

- PRINC. ¿De veras? Pues no hay cosa más perdida que mi esposo.
- CAPIT. Pero si quieres ser atendida ofrécele algún sacrificio.
- PRINC. Y ¿qué puedo ofrecerle? ¿Qué es lo que le gusta?

CAPIT. Terneras, patos, palomas, gansos...
PRINÇ. Entonces, ya sé; le ofreceré un ganso. Por-



CUADRO II.—TOCADORAS DE LIRA.

que pienso sacrificar á mi marido en cuanto le encuentre. Descorred la cortina.
CAPIT. Voy allá. (A los soldados.) Adorad al protector de la divina Isis. (Descorre la cortina del fondo y

aparece la estatua del dios con traje talar y cabeza de perro tal y como se le ha representado en la parte



CUADRO III.—ANICETO MONSALVE.

exterior del templo. La cabeza semeja ser de oro.)
¡Vaya un hocico!

PRINC.

CAPIT. Perdona nuestra osadía, ¡oh, Dios! pero el rey te envía esta extranjera.

PRINC. Dile algo más, no vaya á creer que es para que me coma.

CAPIT. (A la estatua) ¿Te es agradable su presencia? (La estatua hace con la cabeza signos negativos.) Dice que no.

PRINC. Porque no habrá entendido bien la pregunta.

CAPIT. (A la estatua.) ¿Estás dispuesto á atender sus ruegos? (La estatua vuelve á negar.) Hace la misma seña. Yo tiemblo.

PRINC. Y yo también.

CAPIT. (A la estatua, un poco asustado.) ¿Te irrita que hayamos entrado en el templo sin permiso del Gran Sacerdote?

ANIC. (Dentro de la estatua y con voz cavernosa.) ¡Sí, hombre, sí! ¿Cómo se dice que os vayáis con dos mil de á caballo?

CAPIT. (Con terror.) ¡Piedad, piedad! ¡Hemos obedecido al rey!

(Pánico en todos, que huyen atropelladamente y dando gritos por donde les coge más cerca.)

ESCENA IX

ANICETO.—Después LA PRINCESA.

(En cuanto todos han desaparecido, la estatua se levanta del trono y sale del camarín, adelantándose lentamente al primer término.)

ANIC. (Quitándose la cabeza de perro, que se mete gallardamente debajo del brazo) Soy un animal. He debido aprovechar el miedo de esos infelices para decirles que estaba muy enfadado y que no se me pasaría la rabia si no me sacrificaban á la Princesa. Y la hubieran hecho picadillo en seguida. Sobre ser dios, qu·darse viudo me parece demasiada suerte, que no podría durar mucho, porque tarde ó temprano se averiguará lo de la estatua hueca y querrán saber lo que tiene dentro. Lo mejor

será volver á Madrid, empeñar la cabeza, que ya darán por ella dos mil reales muy á gusto, y poner una casa de huéspedes con ó sin... Sí, pero ¿cómo vuelvo? Porque este canalla de panecillo, en cuanto le pido una cosa, se echa para atrás y me mete entre gente desconocida... (Mirando hacia la derecha.) ¡Demonio, mi mujer! Al trono, Aniceto. (Vuelve á ponerse la cabeza y á ocupar muy seriamente el trono.)

PRINC. (Saliendo.) Estos soldados egipcios son unos cobardes. Puesto que el Gran Perro sabe hablar y encuentra lo que se pierde... yo creo que con un poco de zalamería acabará por ayudarme. Las mujeres hermosas lo conseguimos todo. (Acercándose al trono y haciendo una reverencia.) Divino Anubis.

ANIC. ¿Qué hay?

PRINC. Una pobre princesa que acaba de romper el encantamiento se atreve á pedirte un favor.

ANIC. (Levantándose y adelantándose al proscenio. La Princesa le sigue asombrada y tras él se corre la cortina que cubre el trono.) Habla.

PRINC. ¡Oh, qué prodigio! ¡Anda también!

ANIC. Ya lo estás viendo. (Y más aprisa de lo que me conviene.)

PRINC. Bueno, pues yo soy recién casadita.

ANIC. Ya lo sé. A la vejez, viruelas.

PRINC. Y mi marido es un canalla.

ANIC. ¿Cómo?

PRINC. Que mi marido es un canalla.

ANIC. ¡No habies mal de tu marido, porque te muerdo!

PRINC. Comprendo que le proteges, porque tiene el panecillo que me robó en la noche de bodas.

ANIC. ¡Hola! ¿Un panecillo?

PRINC. Sí; que va á ser su perdición.

ANIC. ¿Por qué?

PRINC. Porque al casarse su dueño conmigo perdió todas sus virtudes.

ANIC. ¿Quién? ¿El dueño?

PRINC. No, el talismán. Y sólo le quedó una, que más bien es un vicio: la de marchar hacia la

noche de los tiempos en cuanto se le pide algo, sea lo que sea.

ANIC.

¡Porra!

PRINC.

¿Cómo has dicho, poderoso Anubis?



CUADRO II.—TOCADORES DE ARPA.

ANIC.

He dicho ¡porra!, pero no te importe. Sigue.

PRINC.

Y como yo le amo con toda mi alma, quiero evitar que vaya á deshacerse como un azucarillo en el principio de los mundos.

ANIC.

Eso no sucederá, porque tirará el pan en cualquier parte.

PRINC. Y no conseguirá nada con eso. En castigo de haberlo robado, la virtud del talismán quedará en él...

ANIC. ¡Hombre! ¡Qué monada!



CUADROS II Y III.—ARQUEROS EGIPCIOS.

PRINC. Sólo podrá volver á su tierra y á su tiempo cuando me adore como yo le idolatro.

ANIC. ¡Primero moro!

PRINC. ¿Qué dices, Gran Perro?

ANIC. ¡Que la gran perra serás tú! Y que á tu ma-

rido no se la da nadie, porque tiene mucho talento.

PRINC. Te equivocas; es un zoquete.

ANIC. ¿Zoquete? ¿Zoquete has dicho? (Amenazándola con verdadera furia.) ¡Quítate de mi vista, que te devoro!

PRINC. (Deteniéndole y agarrándose con terror al hocico.) ¡Ay! ¡Socorro! ¡Socorro! ¡A mí, la guardia!

ANIC. (Gruñendo.) ¡Guau, guau! (La Princesa forcejea para detenerle, y en esta brega y en un movimiento rápido de Aniceto, se queda con la cabeza de perro en la mano.)

PRINC. ¡Ah, infame! ¡Eres tú! Ahora ya no te escapas. (Aniceto huye dando brincos y aullando, si sabe. La Princesa le persigue indignada con ánimo de clavarle las uñas. Empieza la música.)

Mutación.

CUADRO CUARTO

Telón que aparece detrás del anterior y que representa la torre de Babel irguiéndose en una campiña exuberante de vegetación y de luz. Vense por todas partes montones enormes de piedra labrada, cuerdas, cabrestantes, ladrillos, carros, etc., etc.

ESCENA X

Coro de mujeres de la vega de Shinar, que traen en la cabeza, en el hombro ó en las manos cacharros y vasijas para el servicio de bebidas y viandas.

Música.

CORO (Dentro.)

¡Evohé!

¡Evohé!

La ciudad hermosa
reina de este valle
lejana se ve.

La misión cumplida,
volvamos á ella.

¡Evohé!

¡Evohé!

(Salen á escena.)

Ya los trabajadores
se entregan al reposo,
sirviéndoles de manto
la sombra del coloso
que se alza en la llanura
inmensa de Shinar
y á la región del trueno
muy pronto ha de llegar.

Contemplémosla todas
con alegría y fe.
¡Evohé!



CUADRO III.—ESCLAVA EGIPCIA.

¡Oh torre! Te saludan
las hijas de Noé.
¡Evohé!

ESCENA XI

DICHAS.—NACHOR.—Luego ABIMAEI y HARÁ

Hablado.

- NAC. ¿Habéis traído ya la comida á vuestros esposos y parientes? Pues volved á la ciudad. No queremos mujeres en las cercanías de la torre. (Vase el coro. Óyese dentro el sonido de un cuerno que toca tres voces.) Abimael, Harán... ¡Alzaos! Que ya ha sonado la señal para que cese el descanso y hace tiempo que pasó el mediodía. (Salen Abimael y Harán.)
- ABIM. Nuestras gentes esperan esparcidas por el valle.
- HAR. ¿Qué se hace hoy?
- NAC. Los tuyos labrar la piedra amontonada en la colina del Poniente. Los de Abimael acarrear ladrillo. (Medio mutis de Harán y Abimael.) Esperad. ¿Qué se ha hecho de ese hombre que encontró Serug en la cueva?
- ABIM. Toda la mañana le hemos empleado en extraer betún de los pozos.
- NAC. Mandadle que siga lo mismo.

ESCENA XII

DICHOS.—ANICETO.

- ANIC. (Saliendo.) No me lo mandéis, porque no me da la gana.
- HAR. ¿Qué dice!
- ABIM. ¡Cómo! ¿Te atreverás á desobedecer las órdenes de Nachor?
- ANIC. Me atreveré si no me concedéis aumento de ración y ocho horas de trabajo.
- NAC. ¿Ocho horas?
- ANIC. Es la última moda, amigo.

ABIM.
ANIC.
NAC.

Y eso ¿qué quiere decir?
Nada; que me declaro en huelga.
Te apedreamos á ti y á toda tu tribu.



CUADRO III.—ESCLAVA EGIPCIA.

ANIC.

¡Adiós! Ya me han suspendido las garantías constitucionales. ¡Hasta en la torre de Babel cuecen Sagastas!

NAC. Todos los descendientes de Noé deben unirse para edificar una ciudad magnífica y una torre tan alta que llegue al cielo.



CUADRO IV.—MUJERES CALDEAS.

ANIC.

¡Menos yo!

NAC.

¿Por qué?

ANIC.

(Voy á echármelas de profeta). Porque por mucho que hagáis no las *acabaráis*, como dijo el otro.

- NAC. ¿Quién ha dicho que no? ¡La cúspide traspasará las nubes!
- ABIM. Y llegará hasta el trono de Jehová.
- HAR. Y se verá dónde alcanza el poder de los hijos de los hombres.
- ANIC. Quita el pistón, Manolo.
- NAC. Y nuestra fama crecerá y se extenderá por toda la tierra hasta el fin de los tiempos.
- ANIC. Pero ¡qué testarudos son estos hijos de los hombres! ¿De dónde sois vosotros?
- ABIM. De Armenia.
- ANIC. Pues parecéis de Riela, maños.
- NAC. Calla y síguenos. Hoy tienes que llevar betún hasta el quinto piso.
- ANIC. Limpiabotas y aguador, todo en una pieza.
- ABIM. Vamos.
- ANIC. En el quinto piso lo que voy á hacer es celebrar un mitin para acabar con la burguesía. (Se dirigen hacia la izquierda y al ir á salir aparece un Angel que les detiene.)

ESCENA XIII

DICHOS.—UN ANGEL.

- ANGEL. ¿Dónde váis? ¡Deteneos!
- ABIMAE L Y }
HARÁN. } ¡Un ángel!
- NAC. ¿Qué manda el enviado del Señor?
- ANIC. (Esta figura la he visto yo en alguna otra parte.)
- ANGEL. Jehová ha descendido para ver vuestra ciudad y vuestra torre, y he aquí que me envía para deciros que habéis provocado su enojo.
- NAC. Lo hacíamos para llegar hasta él.
- ANIC. (Ya se dónde le he visto. En una tarta de dulce con una banderita española en la mano).
- ANGEL. Y el Señor castigará vuestro orgullo para que dejéis de edificar la torre.
- ANIC. Paro general. Me alegro muchísimo. ¡Toma betún, anda!

ANGEL. Y desde ahora confundirá vuestras lenguas para que ninguno entienda el habla de su compañero, y la muchedumbre se esparcirá sobre la faz de la tierra. Este es el castigo que os manda Jehová vuestro Dios. (Desaparece



CUADRO IV.—ABIMAEI.

el Angel. Todos quedan anonadados y como si de pronto se operara un cambio transcendental en sus espíritus.)

ANIC. Ahora va á ser ella. Voy á tener que hacer un esfuerzo para pescar algo.

NAC. (Dirigiéndose á Aniceto con desesperación y como si se le atragantaran las palabras.) Alfa, matayetos, matayetotes épsilon!

ANIC. Dominus vobiscum.

ABIM.
ANIC.

(Lo mismo.) Tigris, esmerdis, kalasiris.
Diguili qui vingui.



CUADRO IV.—OBRERO DE LA TORRE DE BABEL.

HAR.
ANIC.

(Con mucha rabia.) ¡Karnac!
¡Anda la órdiga! (Los tres se apartan de Aniceto.)
Pues resulta que nos entendemos perfecta-

mente. (Mirando hacia la izquierda.) ¡Hola! Mis
compañeros del betún... ¡Buenos vendrán
éstos!

ESCENA XIV

DICHOS menos el ÁNGEL.—Obreros de la Torre de Babel.
(Los obreros entran apresuradamente y como locos, haciendo
aspavientos y lanzando gritos inarticulados.)

Música.

TODOS. Sano-mosbe-pani-brala (Confusamente.)
delos-niosmo-nose-valle.
UNOS. Gelan.
OTROS. Cedi.
OTROS. Laque.
OTROS. Reto.
UNOS. Lasa.
OTROS. Besnu.
OTROS. Noya.
OTROS. Galle.
ANIC. Yo me alegro mucho
de esta algarabía,
porque ha resultado
lo que yo os decía.
UNOS. Saraquitro marabut
OTROS. Bato sira mitronac.
ANIC. ¡Ja, ja, ja, ja!
¡ja, ja, ja, ja!
TODOS. Saraquitro marabut.
bato sira mitronac.
ANIC. ¡Ja, ja, ja, ja!
¡ja, ja, ja, ja!
De aquí sale el inglés.
el ruso y el francés,
el chino, el catalán y el portugués.
Maná Georgewit
yes veri well madam
zeitung, camelikof, jamalajá.
¡Ja, ja, ja, ja!



CUADRO IV.—NACHOR Y HARÁN.

Todos. ija, ja, ja, ja!
 Saraqito marabut
 bato sira mitronac (etc., etc.).

Crecen en la orquesta y las voces la confusión y el escándalo; todos chillan desaforadamente y el estrépito y la algarabía son verdaderamente infernales hasta que se van de escena disputando indignados los unos con los otros. Aniceto, á quien los grupos arrastran, no cesa de reirse á mandíbula batiente.)

Mutación.



CUADRO IV.—EL ÁNGEL.

CUADRO QUINTO

Gruta.

ESCENA XV

ANICETO.

(Sale por la derecha, mirando asombrado á todas partes.)

Hablado.

Pues señor, ahora sí que tengo que decir lo que las damas de comedia cuando vuelven de su desmayo: ¿Dónde estoy?... ¿Andaré hacia atrás ó hacia adelante? Y el caso es que me urge volver á España, porque ahora recuerdo que tengo que sacar la cédula. Lo malo es que por estos andurriales no hay alma viviente (Gritando.) ¡A la paz de Dios! ¡Bona nit tinguin! ¡Bon suar! ¡Felices pascuas! Nada; como si llamaran á Cachano.

ESCENA XVI

ANICETO. — MERLÍN.

(El sabio viste un traje de capricho, muy rico, pero un tantico estrambótico.)

MERL. (Saliendo por el fondo de la gruta.) ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quién se atreve á turbar el silencio de este apacible retiro de la ciencia?

ANIC. ¡Gracias á Dios, hombre!

MERL.

¡Ah! ¿Eres tú, abyecta sabandija?

ANIC.

¡Nada! Que á todo el mundo le da por echarme flores. Yo no soy sabandija. Yo soy...



CUADRO V.—MERLIN,

MERL.

Ya sé quién eres.

ANIC.

¡Ah! ¿Me conoces, mascarita?

MERL.

Sé tu historia y la de todos los nacidos.

- ANIC. ¿La de la bella Otero también? ¡Pues ya es suerte, compadre!
- MERL. Para mí no existen el espacio ni el tiempo. Vivo á la vez en todos los países y en todas las épocas.
- ANIC. ¡Atiza! Es el demonio.
- MERL. Soy más que el demonio. Soy el genio, que ha leído en los astros el secreto de la creación y de la vida, y maneja á su antojo los siglos y los hombres. Hoy me pide Alejandro Magno consejo en la batalla, mañana me ruega María Antonieta que alivie sus dolores, al otro día tengo que curar la imbecilidad de Carlos segundo...
- ANIC. Entonces ya sé quién es usted.
- MERL. ¿Quién?
- ANIC. El unguento amarillo.
- MERL. ¿Te burlas, mastuerzo?
- ANIC. ¿Eh? ¿No lo dije? Ya me soltó otra palabra bonita. ¿Qué me he de burlar? ¡Al contrario! Lo que quiero es pedirle á usted un favor.
- MERL. Ya sé cuál es.
- ANIC. Este hombre es un destripacuentos.
- MERL. Que te libre del influjo del panecillo y que te lleve á tu tierra en andas y volandas.
- ANIC. Justamente.
- MERL. Y ¿qué me darás en cambio?
- ANIC. ¿En cambio?... (¿Qué le ofreceré yo? ¡Ah, sí!) ¿Le gustan á usted las mujeres gordas?
- MERL. Detesto á las mujeres.
- ANIC. Hace usted mal, porque las hay muy ricas. Y yo no tengo otra cosa.
- MERL. Espera; ya sé lo que puedes darme.
- ANIC. (¡Adiós! ¿A que me pide que le deje el gabán para recuerdo?)
- MERL. Entrégame tu libertad por veinticuatro horas.
- ANIC. ¿Mi libertad? ¡Anda con Dios! ¡Si hace mucho tiempo que la he perdido! Nada, hecho el trato. Digo, si pasadas las veinticuatro horas me dejas durmiendo en mi banco tranquilamente.
- MERL. ¿Con la Princesa?

- ANIC. No, solito. Más vale estar solo que con ámbar.
- MERL. Pues retírate al fondo de la gruta á esperar mis órdenes.
- ANIC. Oiga usted, ¿y si tengo debilidad?
- MERL. Pide lo que quieras.
- ANIC. ¿Lo que quiera? ¡Bendita sea tu boca! (Dirigiéndose hacia el fondo.) ¡A ver! ¡Dos de jamón en dulce y una de Rioja blanco. ¡El señor paga! (Vase muy contento.)
- MERL. Come y bebe y cae en el letargo, infeliz. Yo aprovecharé tu sueño para mis experiencias. ¡Eh! ¿Qué ruido es ése? ¿Llega otro ser humano? ¡Adelante quien sea!

ESCENA XVII

MERLIN.—TUANG-TSEN-FÚ.

- TSEN FÚ. (Saliendo por la izquierda con traje muy elegante de mandarín chino.) Espejo de la sabiduría, aquí me tienes.
- MERL. ¡Tuang-Tsen-Fú!
- TSEN-FÚ. El mismo, que se acerca á ti profundamente desgraciado.
- MERL. Sé lo que te pasa.
- TSEN-FÚ. ¿Todo?
- MERL. Todo. Los partidarios de la dinastía proscrita habéis fraguado una conspiración para asesinar al Hijo del Sol y devolver el trono al príncipe Ting-Sang. ¿No es eso?
- TSEN-FÚ. Así es.
- MERL. Habéis echado suertes para que uno se sacrifique por todos.
- TSEN FÚ. Y el divino Buda me ha señalado á mí.
- MERL. Para poder llegar hasta el emperador habéis fingido una aventura amorosa, en que la hermosa Tiam, hija de un mandarín, es la víctima seducida por otro mandarín, que eres tú. Ella se quejará al emperador y éste te lla-

mará á su presencia para darte á escoger el género de muerte que más te agrade.

TSEN-FÚ. Sí, eso es. Mañana á mediodía debo estar en



CUADRO V.—EL MANDARÍN TUANG-TSEN-FÚ.

palacio y aprovechar ese momento para cortar al tirano la cabeza.

MERL. Pero ahora resulta que tienes miedo, ¿no es verdad?

TSEN-FÚ. Me ha entrado de repente una gana de vivir que no sé cómo desecharla.

MERL. Y, naturalmente, estás en un compromiso. Si no cumples tu misión te descuartizan los conjurados, y si la cumples te descuartizan los soldados del Hijo del Sol.

TSEN-FÚ. Es decir, quedetodos modos me descuartizan.

MERL. Bueno, pues ¿qué das por salvarte?

TSEN-FÚ. Mis dos palacios de Pekín y el junco más ligero y mejor adornado que boga por el río.

MERL. Acepto. ¿El emperador te conoce?

TSEN-FÚ. No.

MERL. ¿Y la hija del mandarín que ha de hacer el papel de doncella burlada?

TSEN FÚ. Tampoco.

MERL. Entonces el arreglo es fácil si otro ocupa tu lugar.

TSEN-FÚ. No querrá nadie.

MERL. Vete en paz. Sal de tu casa disfrazado y huye del país en seguida. Nadie te echará de menos, porque tu puesto no quedará vacío.

TSEN-FÚ. Gracias, hijo de la luz. ¡El espíritu de Confucio quede en tu compañía!

MERL. Y á ti te guíe. (Vase Tuang-Tsen-Fú después de hacer una reverencia.) ¡El espíritu de Confucio! Con él y sin él la humanidad es cobarde y el mundo es mío. (Vase por el fondo de la gruta.)

Música.

Mutación.

CUADRO SEXTO

Gran salón del trono en el palacio del Emperador de la China. El trono á la derecha sobre un estrado con dosel.

ESCENA XVIII

(Continúa la música acompañando la salida de los guardias del Emperador, ricamente ataviados, con lanzas y sables corvos de hoja ancha, que forman colocados convenientemente.)

CORO.

La tierra sus pasos
temblando saluda
y el cielo se tiñe
de suave arrebol,
cuando á hacer justicia
en nombre de Buda
se acerca á su trono
el Hijo del sol.

(Sale en este momento el Emperador seguido de criados y pajes que conducen los atributos de la soberanía y algunos otros personajes de la corte, entre los cuales está Lao-Ting; sube las gradas y se sienta en el trono.)

EMP.

En nombre del imperio
potente de la China,
que adormecido goza
la calma celestial,
ejerzo sobre todos
mi autoridad divina;
ni superior admito,
ni reconozco igual.

CORO.

Ni admite superior,
ni reconoce igual.

EMP.

La audiencia empieza,
decidlo así,



CUADRO VI.—EL EMPERADOR DE LA CHINA.

y el que quiera justicia
llegue hasta mí.

(Vase Lao-Ting y vuelve inmediatamente seguido de Tiam.)

TIAM. Vengo para un infame
á demandar castigo
y á tu presencia acudo,
poderoso señor,
para que muera el hombre
que cometió conmigo
el delito más grande;
un delito de amor.

Con la promesa de ser su esposa
crüel verdugo fué para mí.
Ven á mis brazos, Tiam hermosa,
me dijo un día, y amante fuí.

EMP. Muchos te lo habrán dicho.

TIAM. Muchos me lo dijeron
y yo sólo al infame
abrí mi corazón,
y al verme deshonrada,
por mi desgracia fueron
mentira sus promesas,
fingida su pasión.

EMP. Cesen tus penas,
no llores más.

TIAM. Quiero su vida.

EMP. Tú la tendrás.

TODOS. Calme sus penas Tiam la hermosa,
de ojos de cielo, de blanca tez,
talle de junco, cara de rosa,
de su venganza se encarga el juez.

Que el cielo se tiñe
de suave arrebol
y va á hacer justicia
el Hijo del Sol.

¡Salud al Hijo del Sol!

Hablado.

EMP. Por el elefante blanco te juro que el ultraje
hecho á tu honor será castigado. ¿Quién es el
seductor?

TIAM. El mandarín Tuang-Tsen-Fú.

EMP. ¡Un mandarín! No puede morir entonces á manos del verdugo. Lao-Ting, preparad el cordón de seda y el sable con empuñadura de oro y esmeraldas. (Vase Lao-Ting y vuelve en seguida con un cordón rojo y un sable corvo, colocados en un almohadón de terciopelo, que entrega á un paje.)



CUADRO VI.—SOLDADO CHINO.

Hermosa Tiam, haz que te acompañen cuatro soldados y traed al delincuente.

TIAM. No es necesario. Mi padre le hizo prender y espera tus órdenes.

EMP. Hacedle entrar. (Vuelve á marcharse Lao-Ting.)

TIAM. Buda premie tu sabiduría, ¡oh, maravilla de los príncipes!

ESCENA XIX

DICHOS.—Vuelve á salir LAO-TING y tras él dos criados que conducen un palanquín, con las cortinillas corridas, y dentro del cual viene ANICETO, vestido de mandarín chino, con su coleta correspondiente, al salir no se le ve absolutamente nada.)

- LAO-TING. (Anunciando.) El mandarín Tuang-Tsen-Fú.
(Los criados dejan el palanquín en el suelo, frente al trono, y se retiran.)
- TIAM. (El instante se acerca. Que el supremo Dagón le dé firmeza en el pulso y seguridad en el golpe)
- EMP. Haced salir al acusado.
- TIAM. Un momento. Permíteme retirarme. No podría contenerme en presencia del criminal, y esto turbaría tu serenidad en el juicio.
- EMP. Tienes razón. Espera mi fallo en la antecámara.
- TIAM. (Retirándose.) ¡Veremos si sabe morir como un valiente! (Acercándose á una de las cortinillas del palanquín.) ¡Animo!) (Vase.)
- LAO-TING. Sal del palanquín. La luz de la sabiduría te aguarda. (Pausa larga.)
- EMP. ¿Qué es eso? ¿Por qué no aparece?
- LAO-TING. (Dirigiéndose hacia el palanquín.) ¿Oyes? ¡Tuang-Tsen-Fú! (Otra pausa.)
- EMP. ¿No obedece? ¡Le haré quemar vivo!
- LAO-TING. (Acercándose más al palanquín.) Señor, creo que duerme.
- EMP. ¿Duerme? ¡Le daréis cincuenta palos por la impertinencia!
- LAO-TING. Le despertaré, con la venia de mi excelso señor, metiéndole una pluma por las narices.
- EMP. Hazlo pronto. (Lao-Ting quita la pluma de pavo real con que adorna el birrete, y figura que hace cosquillas con ella á la persona que está en el palanquín.)
- ANIC. (Dentro.) ¡At... chis! ¡Jesús! (sale sin mirar y muy preocupado con el estornudo.) ¡At... chis! Que no me deis rapé, que no tengo costumbre. (Fiján-

dose en su propio traje.) ¡Anda, salero! ¡Me han vestido de máscara!

EMP.

(Gravemente.) Tuang-Tsen Fú.



CUADRO VI.—LAO-TING.

ANIC. (A Lao-Ting.) ¿Fú? ¿Ha dicho que haga fú? Que ustedes sigan buenos. (Intenta marcharse.)

LAO-TING. (Deteniéndole.) Contesta.

ANIC. ¿Pero qué voy á contestar á eso de fú?... ¡Ah, sí... ¡Miau!

- EMP. Arrodillate ante el Hijo del Sol.
ANIC. (¡Anda! Ahora salimos con que el sol tenía familia.)
- EMP. (Irritado.) ¡Póstrate de hinojos!
ANIC. Gracias. Es comodidad.
- EMP. Lao-Ting, si me desobedece córtale la cabeza,
(Lao-Ting desenvaina el sable.)
- ANIC. ¡No, caramba, que me va á doler mucho! (Se arrodilla ante el trono poniendo los brazos en cruz como los chicos castigados en la escuela.) Ea, ya estoy de rodillas. Y me podéis poner unas orejitas de burro si os da la gana.
- EMP. Responde.
ANIC. Fú.
- EMP. ¿Es cierto que con promesa de matrimonio has deshonorado á la hermosa Tiam?
- ANIC. ¿Yo? ¡No, señor! ¡Yo no he deshonorado en mi vida á nadie!
- EMP. ¿Tienes algún espíritu malo que te incite á la seducción de las doncellas?
- ANIC. ¡Yo no tengo nada! ¡Que me registren!
- EMP. Lao-Ting, si niega el delito dale un tajo en el cuello. (Lao-Ting vuelve á desenvainar.)
- ANIC. No, tontín, aguarda. (Este Hijo del Sol hace más daño á la cabeza que su señor padre). He hecho lo que ustedes digan y tengo lo que ustedes quieran. ¡No faltaba más!
- EMP. ¿Confiesas, Tuang-Tsen-Fú?
- ANIC. Fá, digo sol, ¡digo sí! ¡De este modo cualquiera confiesa!
- EMP. Pues álzate del suelo. El juicio ha terminado. (Baja del trono.) Lao-Ting, que el reo haga lo que debe hacer antes de salir de esta estancia. Entrégale el cordón y el sable. (Vase seguido de la corte y la guardia. Quedan solos Aniceto, Lao-Ting y el paje que sostiene el almohadón. Una cortina grande cubre completamente el trono.)
- ANIC. (Aparte, mientras desfilan el Emperador y la corte.) ¡Un sable y un cordón! Vamos, menos mal; se conoce que aquí tienen la costumbre de hacerle á uno capitán de guardias cuando se porta mal con una doncella.
- LAO-TING. Acepta ese regalo del Emperador.

ANIC. Con mucho gusto, y dale las gracias de mi parte. (Coge con una mano el cordón y con otra el sable. Vase el paje con el almohadón.) Esto (por el cordón) será para la cintura, ¿verdad?

LAO TING. Eso es para el cuello.

ANIC. ¿Qué me cuentas?

LAO TING. Como eres mandarín no puedes morir en el tormento, y el Hijo del Sol te da á elegir la muerte que más te guste.

ANIC. ¡Vaya! pues... se agradece la atención.

LAO-TING. El cordón es para que te ahorques; el sable es para que te abras el vientre.

ANIC. ¡Claro! Y me corto la digestión y me cuesta un disgusto.

LAO TING. Es una operación muy sencilla. Ris, ras, dos incisiones en cruz y entras en el reino de Buda.

ANIC. No; pero si á mí me da lo mismo quedarme á la puerta.

LAO-TING. Si dentro de diez minutos no te has suicidado con arreglo á tu categoría, los soldados de la guardia se encargarán de despedazarte.

ANIC. ¡Qué brutos!

LAO-TING. Conque ya los sabes: dos en cruz, ris, ras, y al cielo. (Vase.)

ESCENA XX

ANICETO.—Luego TIAM.

ANIC. Sí, al cielo. ¡Como que en el cielo me van á permitir la entrada vestido de mamarracho! Pero, señor, ¿quién será el granuja que me ha hecho de repente mandarín chino y conquistador de mozas? ¡Ah! el tío aquel que lo sabía todo y que me dejó el panecillo inservible. Ahora me hacia falta que me llevara aunque fuese con Adán y Eva. (Saca el panecillo.) ¡Anda hacia atrás, llévame! (Vuelve á guardarlo.) Nada; no hay más remedio que morir antes de diez minutos. El ris todavía podría pasar; pero el

ras... ¡Sólo de pensar en el ras me entran escalofríos! (Tiam, que ha salido un momento antes, se acerca á él por la espalda y le pone violentamente la mano en el hombro.)

TIAM.

¡Cobarde!

ANIC.

¡Eh! ¿Qué pasa? ¡Calle, una jovencita!

TIAM.

¿No echasteis suertes todos los conjurados y te tocó la china?

ANIC.

A mi no me ha tocado más china que usted, lo cual que se lo agradezco mucho.

TIAM.

Yo ya he desempeñado mi papel. ¿Por qué no has desempeñado tú el tuyo?

ANIC.

(¡Demonio! Esta es la doncella engañada. ¡Qué lastima que no haya sido cierto!) ¡Si yo no sé cuál es mi papel!

TIAM.

¡Mientes! Y has comprometido al mandarín mi padre.

ANIC.

¡Ah! ¿Pero usted es una mandarina? Pues poco que me gustan á mí las mandarinas para postre.

TIAM.

¿Qué dices? ¿Pero tú no has tomado parte en una conjuración?

ANIC.

¡Qué conjuración ni qué ocho cuartos, señora!

TIAM.

No entiendo tu lenguaje. A ver, déjame mirar tus ojos.

ANIC.

Muy expresivos y muy lánguidos y están á la disposición de usted.

TIAM.

No hay duda; aquí ha habido un error. Tú no eres de China.

ANIC.

No, señora, ni de porcelana tampoco.

TIAM.

¿Por qué entonces tienes coleta?

ANIC.

Pues ahí tiene usted. Pero me la voy á cortar en seguida; porque ¡para lo que voy á torear en este mundo!

TIAM.

De todos modos, tú no puedes vivir, porque viviendo comprometes á los conspiradores. Es preciso que te abras el vientre.

ANIC.

¡Dale, bola! ¡Qué curiosidad tienen aquí todos por saber lo que tengo dentro!

TIAM.

¿No te decides?

ANIC.

No, señora; ni ris, ni ras. ¡No me hago la cruz aunque me ahorquen!

TIAM. Pues hay que salvar á los demás. ¡A mi la



CUADRO VI.—ANICETO.

guardia! ¡Pronto! (Salen corriendo Lao-Ting y los soldados.)

ANIC.

¿Qué va usted á hacer?

ESCENA XXI

DICHOS.—LAO-TING.—SOLDADOS.—Al fin LA PRINCESA —DAMAS

TIAM. (A Lao-Ting.) El traidor no se atreve á suicidarse. La sentencia del Emperador no se cumple.

ANIC. Ni falta que hace.

TIAM. ¡Matadle para castigar mi ofensa!

LAO-TING. Sí, muera. ¡Soldados! ¡Un golpe 'cada uno!
(Todos desenvainan los sables y se dirigen á Aniceto en actitud poco tranquilizadora)

ANIC. ¡Esperad! ¡Sí, me suicido! (Voy á hacer una hombrada. Puesto que el tigre por probar el panecillo reventó como un triquitraque, voy á ver si estallo como una bomba y hago añicos á toda esta gente.) (Saca el panecillo.)

TIAM. ¿Qué vas á hacer?

ANIC. A matarme ahora mismo. ¡Adiós, mundo amargo! (Muerde el pan. En cuanto lo hace suena un golpe de campana chinesca. Tiam huye dando un grito estridente, los soldados chinos se inclinan hasta dar con las frentes en el suelo; las cortinas que cubrían el trono se descorren y aparece en élla la Princesa rodeada de damas y doncellas lujosa y caprichosamente vestidas)

PRINC. ¡Aquí estoy!

ANIC. ¡En el trono!

PRINC. Al probar ese pan la llama del amor encenderá tu pecho y seremos felices.

ANIC. ¿Felices? ¡Al fin no me puedo escapar del ámbar!

PRINC. Ven, siéntate á mi lado, y empiecen las fiestas en honor del príncipe consorte.

ANIC. ¿Consorte? ¡No! Con suerte... ¡pero con mala suerte! ¡Vasallos y vasallas! ¡De frente... marchen! (Sube al trono y se sienta al lado de la Princesa.)

Música.

Bailable en que toman parte desfilando con la mayor brillantez posible, en primer lugar, las damas y donce-



CUADRO VI.—DAMAS JAPONESAS.

llas de la Princesa y los soldados chinos que están en escena, y sucesivamente grupos de los personajes que han intervenido en la acción de la primera y segunda

parte; brujas, hadas, familiares del Santo Oficio, caballeros de la corte de Felipe IV, guerreros del Cid, soldados árabes, gladiadores, matronas romanas, damas egipcias, soldados de Faraón y obreros y mujeres de Caldea...

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- Las modistillas**, sainete en un acto y en verso.
- El Grillo**, periódico semanal, ídem íd. íd.
- La gente menuda**, ídem íd. íd.
- El baile de máscaras**, ídem íd. íd.
- Somatén**, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero
- La señá Condesa**, juguete cómico en un acto y en verso.
- La puerta del infierno**, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.
- La moral casera**, comedia en dos actos y en verso.
- La lavandera**, sainete en un acto y en verso.
- Lucifer**, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
- La obra**, juguete cómico en un acto y en verso.
- El gran mundo**, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
- Paca la pantalonera**, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.
- La revista nueva ó la tienda de comestibles**, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.
- La clase baja**, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.
- La baraja francesa**, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
- La república de Chamba**, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.
- Los pájaros fritos**, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
- La casa encantada**, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
- El toque de rancho**, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.
- El ordinario de Villamojada**, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde; hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión efírica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.

Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto y en prosa, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galepe de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascotes, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo XIX, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches y D. José López Silva, música del maestro Montesinos.

Jaque á la Reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

¿Quo vadis?, zarzuela de magia en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada ¿Quo Vadis?), en un acto dividida en seis cuadros, en prosa, original de Sinesio Delgado, música del maestro Chapí.